

Que se levantara la calzada de San Cristóbal una vara sobre la altura en que la había dejado el marqués de Montesclaros, lo mismo que las de Mexicaltzinco, San Antonio, Calvario,⁽¹⁾ Tacuba y Atzacotzalco, empleando como materiales tierra, céspedes y tetzontle.

Que lo propio se hiciera también con los albarradones de Zumpango y San Lázaro, desde su principio, poniéndose en ellos las compuertas necesarias.

Que se divirtieran los ríos de Sanctorum y Morales por diversos rumbos, de manera que por ellos fuese el agua de la laguna, para lo cual se esparcerían las aguas en los ejidos de la Piedad y San Antonio, y se reedificaría una antigua albarrada que antes se había construído para este efecto.

Que se detuviesen con una presa de mampostería las impetuosas avenidas de Pachuca, que eran muy peligrosas por venir al lago de México por los de Zumpango y San Cristóbal.

Que se prosiguieran las obras de Huehuetoca y se repusiera el albarradón que para contener las aguas del río de Cuauhtitlán existía antes, y que mandó destruir en parte, para la *experiencia*, el marqués de Gelves.

Que se estacaran las acequias de manera que llevaran el agua directamente al lago y no causaran perjuicios en las calles de México.

La superintendencia de las obras anteriores quedó á cargo de religiosos de la Compañía de Jesús, y se fueron ejecutando en el curso del primer semestre del año de 1629.

Antes de terminar el presente capítulo, sólo por curiosidad diremos que á fines de 1627, en vista de los daños causados por la tristemente célebre experiencia del marqués de Gelves, se presentaron á la junta Matías de Herrera, vecino de Puebla, y Miguel Ruiz de Parada, proponiendo nuevos proyectos para el desagüe; pero tan imposibles que fueron desechados, pues, por ejemplo, el de Herrera iba desde la laguna de Chalco hasta el pueblo de Tepolula, tenía que atravesar cumbres de 268 varas de altura y una longitud de 33,606 varas «de peñas invencibles.»⁽²⁾

(1) La calzada de este nombre, limitada por agua de uno y otro lado, era la que atravesaba por los terrenos situados al Sur de la Alameda, después llamados *calles del Calvario* y ahora *Avenida Juárez*.

(2) Para escribir el presente capítulo he tenido á la vista principalmente la *Relación* del Lic. CEPEDA y del Escribano CARRILLO, por auténtica y documentada.

VI

Informe de Enrico Martin al rey en 1628. — Jornales. — Pueblos que acudían al desagüe en 1616. — Longitud de las obras. — Lo que se había gastado. — Causas verdaderas por que se criticaban los trabajos. — Superintendencia de los religiosos de la Compañía de Jesús. — Primeros síntomas de la gran inundación. — Fuertes aguaceros desde Julio á Septiembre de 1629. — Inúndanse los barrios. — Derrumbanse muchas casas de los pobres. — Se abandonan los conventos. — Emigran muchas familias, principalmente á Puebla. — El aguacero de 21 de Septiembre de 1629, llamado de *San Mateo*. — Completa inundación de la ciudad. — Pánico y consternación de los habitantes. — Se suspende el tráfico y el comercio. — Las misas se dicen en las azoteas y en los balcones. — Lo que refieren los antiguos cronistas. — Según el arzobispo Manzo y Zúñiga, cerca de *veinte mil familias* españolas abandonaron la ciudad y *pericieron treinta mil indios*, sepultados bajo las ruinas, ahogados ó de hambre. — Noble y caritativa conducta del arzobispo, clero regular y secular, para impartir auxilios á las víctimas. — Actividad semejante del virrey y de los particulares. — Área que abarcó la inundación. — *La Isla de los Perros*. — Altura á que subieron las aguas. — El mascarón de la esquina de San Francisco y callejón del Espíritu Santo. — Lo que dice el vulgo y lo que opina el Sr. Garay. — Lo que refiere Sedano. — Altura del piso de la ciudad en 1629 y en 1800. — Restablécese el tráfico en la ciudad por medio de *calzadillas* y puentes. — Primeras acusaciones y primeras víctimas. — Enrico Martin es conducido á la cárcel. — Se le pone en libertad en los momentos de mayor peligro. — Contrastes. — Los Jesuitas autores de la inundación. — Defensa justa que hace de ellos el P. Alegre. — Consultas del virrey sobre el modo de desaguar á la ciudad y de evitar futuras inundaciones. — Opinión del arzobispo. — Junta de 1º de Noviembre de 1629. — Lo que en ella se acordó. — Junta de 26 de Diciembre del mismo año. — Obras aprobadas en esta última Junta. — Trabajos que se mandaron suspender. — Contribución que se impuso para arbitrase recursos. — Cantidad que se tomó prestada de la Real Caja. — Facultad que se concedió al virrey para solicitar del arzobispo 62,500 pesos para completo de los gastos.



AMBIÉN informó á fines de 1628 Enrico Martin al rey de España sobre los trabajos del desagüe, en una VERDADERA RELACIÓN de la que existe copia manuscrita en el Archivo Nacional; pero que debe de haberse impreso entonces, tal vez en la propia tipografía del autor.

Breve como es, pues sólo contiene siete fojas en 4º mayor, se hace interesante por el exacto resumen que el autor nos da sobre la causa que motivó el que se emprendieran las obras, lo más substancial de lo sucedido en el transcurso de la labor, el estado que guardaba hacia 1628, y una PINTURA de todas las vertientes, ríos y lagunas de México. Desgraciadamente falta la ilustración en el manuscrito del Archivo, como otros mapas que acompañaban á muchos documentos que allí se conservan.

Hablando de los trabajos emprendidos durante el gobierno del marqués de Cerralvo, dice Enrico Martin que además de que mandó levantar las calzadas, limpiar las acequias, represar las aguas que venían de los llanos de Pachuca y tomar toda clase de medidas, ordenó continuasen las labores de Huehuetoca, donde con toda actividad se trabajó durante cuatro meses, asistiendo en los dos primeros 400 indios y 300 en los dos restantes; contribuyendo mucho á tanta actividad la puntualidad en los pagos.

Razón de sobra asistía al autor de las obras del desagüe para hacer constar esto último, pues la falta de pago y disminución de los jornales á los pobres indios había venido acentuándose en algunos períodos, desde que dejó el virreinato el marqués de Salinas. En 1620, por ejemplo, ya no se les daba á los indios carne como había prevenido D. Luis de Velasco, sino sólo un almud de maíz por cabeza, y el chile y sal necesarios. Los jornales no eran iguales para todos: mientras á unos indios se les abonaban 11 ó 12 tomines, á otros se les reducía á 5, y á las mujeres se les restaba un tomín por día.

Es cierto que no todos acudían de las mismas distancias á trabajar, como se puede ver por la lista siguiente de pueblos que proporcionaban indios hacia 1616:

Atlacomulco.	Huehuetoca.	Teocacautla.
Atotonilco.	México.	Tepetitlán.
Atzacapotzalco.	Santa María Amealco.	Tetepango.
Acolma.	San Andrés.	Tula.
Zumpango.	San Jerónimo.	Temascaltepec.
Cuauhtitlán.	San Miguel.	Tacuba.
Huichápan.	Tlautla.	Xilotepec.

Según el informe citado de Enrico Martin, la obra del desagüe tenía en 1628, desde la laguna de Zumpango hasta el arroyo de Nochistongo 15,830 varas de longitud, de las cuales 8,130 eran de socavón y 7,700 de tajo abierto. La mayor profundidad en el socavón alcanzaba á 68 varas. Había hechas en la galería 320 varas cuadradas de «fortísima obra de argamasa» distribuídas en diferentes muros y bóvedas, que en algunas partes del socavón «se asentaron con tanta dificultad, que fué menester que se hizieran primero las

Bóvedas, y despues las Paredes en que asientan, y á la postre los cimientos, pervirtiendo el orden natural que en los Edificios se suele guardar.»

Contando todo el tiempo que «interpoladamente» se había trabajado en las obras, eran 14 años y 11 meses, en cuyo tiempo sólo habían muerto por accidentes desgraciados 21 indios y 2 españoles. La obra había costado hasta entonces cerca de un millón y ciento cincuenta pesos, incluso los gastos de ese año.

Terminaba Enrico Martin su VERDADERA RELACIÓN manifestando que apenas había quien hablara bien de la obra, porque el vulgo la aborrecía por la contribución impuesta al vino, lo mismo que los labradores y personas que ocupaban á los indios, pues distraídos éstos en las faenas del desagüe, no podían ir á otras labores, y la guerra que se le hacía era tan caprichosa, que no había persona por parte de la ciudad que quisiera ir en tiempo de aguas á cerciorarse por vista de ojos de los efectos de ella, lo que daba ocasión á que lo cierto se pusiera en duda, y de que casi, en lo general, se vituperara una obra que merecía favorecerse y ampararse.

Tal era el estado del desagüe en 1628, y como ya vimos en el capítulo precedente, se habían decretado varias obras para precaver el peligro que venía amenazando á la ciudad desde la imprudente experiencia del virrey marqués de Gelves, y estas obras se estaban ejecutando hacia mediados de 1629, bajo la superintendencia de seis religiosos de la Compañía de Jesús, entre los que se mencionan á los PP. Bartolomé Santos y Cristóbal Angel, que en circunstancias parecidas habían ya prestado importantes servicios.

El peligro de una próxima inundación era, sin embargo de estas obras, mayor cada día, y aunque pareció desaparecer en 1628 en que las lluvias se retardaron en caer, se acentuó mucho en 1629, año en que comenzaron muy temprano, con tal fuerza y continuación, «que españoles é indios antiguos no se acordaban haberlas visto semejantes.»

En el mes de Julio los aguaceros fueron mayores, y además del agua que llovía en la ciudad, comenzó á penetrar á ésta la que se transminaba por las albarradas y presas, inundando los barrios y haciendo imposible el tráfico, pues en breves días sólo se podía

entrar y salir por las calzadas. Por otra parte, en los suburbios las casas de adobe se derrumbaban, causando la ruina y aun la muerte á los pobres habitantes. Muchos, dice el P. Alegre, quedaban aislados, y morían de hambre muchísimos.

Ya el 5 de Septiembre eran numerosas las canoas que navegaban por los arrabales de Santiago Tlatelolco, la Piedad y las calles bajas.

Los frailes y las monjas empezaron á abandonar los conventos, pues unas veces era imposible habitarlos por hallarse inundados por completo, y otras porque faltaban las limosnas de los fieles, que en tan precaria situación más atendían á sus necesidades propias que á las ajenas.

Las familias acomodadas se resolvieron á emigrar, principalmente á Puebla, tanto que, como á poco aumentó el peligro, fué tanta la gente que á ella acudió, que desde entonces comenzó á competir con la capital en población y riqueza.

Pero lo que vino á determinar la completa y grande inundación de 1629, fué el copiosísimo aguacero de *San Mateo*, llamado así por los viejos cronistas, á causa de haber caído el 21 de Septiembre de aquel año, mas tan fuerte y continuado, que principió la víspera y duró intenso 36 horas seguidas.

Rebosando las aguas en los lagos, transminándose éstas por los diques, anegados los barrios, repletas las acequias, la cantidad extraordinaria caída en ese día, hizo que al siguiente, 22, la ciudad amaneciera completamente inundada, subiendo el agua en las partes más altas media vara, y en otras vara y media, y en las más bajas más de dos varas.

El pánico fué inmenso, innumerables los daños materiales, espantosas las desgracias por su número. Apenas los relatos de los cronistas dan idea cabal de aquella desolación y de tantos estragos.

«Encarecieronse los bastimentos, dice el P. Alegre, con inesplicable daño de los pobres: no se oían sino clamores pidiendo á Dios misericordia, y continuas plegarias en las iglesias. Ni aun quedaba el consuelo de refugiarse á los altares y al sagrado de las imágenes milagrosas. Todos los templos estaban cerrados, y aun despues de todo llenos de agua. Cesaron los sermones, la frecuen-

cia de los sacramentos, el comercio de las tiendas, el trato y comunicación de las gentes, los oficios mecánicos, y aun los públicos de Audiencia y Tribunales. . . . »

El arzobispo dió licencia para «que en los balcones, en tablados que se formaron en las encrucijadas de las calles y aun en las azoteas de las casas, se pudiesen poner altares en que celebrar el santo sacrificio de la misa, que oía el pueblo desde los terrados y ventanas vecinas, no con aquel respetuoso silencio que en los templos, sino antes con lágrimas, sollozos y clamores que á los ojos sacaba un tan nuevo y tan lastimoso espectáculo. . . . » (1)

Un testigo ocular de aquellas desgracias, el dominico Fr. Alonso Franco, dice que la ciudad «quedó toda anegada y hecha un mar de agua en todas sus calles, plaças, cassas, templos, y todos sus vecinos aislados en sus cassas siruiendoles de vivienda lo superior de ellas, que todos sus bajos los tenia ocupados el agua.»

«Decir todo lo sucedido en esta ocasion, añade, seria cossa larga; baste decir que ha sido el mayor trauajo que ha padecido México, y que vna ciudad tan populosa, grande, rica, insigne, á quien todos acudian y á todos albergaua, y que los mas estraños hallauan en ella amparo, en esta ocasion sus vecinos y naturales la desampararon huyendo de ella. Y fueron muchos millares de personas las que la dejaron saliendo á viuir á otros pueblos y lugares.»

Asegura que también en el convento de Santo Domingo, en terrados y azoteas, se dijeron misas para que los fieles que no podían ó no tenían en que venir á la iglesia, las vieran ya que no les era dable oírlas, desde las azoteas y ventanas de sus habitaciones.

«Carroças ni cauillos, continua el P. Franco, no fueron de prouecho en mucho tiempo. Las canoas siruieron de todo, y fue el remedio y medio con que se negociaua y traginaua; y assi, en breues dias, concurrieron á México infinidad de canoas y remeros. Las calles y plaças estauan llenas de estos barcos, y ellos siruieron de todo quanto hay imaginable para la prouision de una tan grande República; y llegó lo que era trauajo á ser aliuio, comodidad y recreacion. Vna sola canoa cargaba lo que necesitaua de muchos arrie-

(1) *Historia de la Compañía de Jesús*, tomo II, pág. 180.